Nm 24,2-7.15-17a • Sl 24 • **Mt 21,23-27**

En aquel tiempo, Jesús llegó al templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo para preguntarle: «¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado semejante autoridad?» Jesús les replicó: «Os voy a hacer yo también una pregunta; si me la contestáis, os diré yo también con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan ¿de dónde venia, del cielo o de los hombres?» Ellos se pusieron a deliberar: «Si decimos "del cielo", nos dirá: "¿Por qué no le habéis creído?" Si le decimos "de los hombres", tememos a la gente; porque todos tienen a Juan por profeta.» Y respondieron a Jesús: «No sabemos.» Él, por su parte, les dijo: «Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto.»

Los ancianos y sacerdotes no discuten el contenido del mensaje sino su validez formal. *"¿Con qué autoridad haces esto?"*

La confusión entre poder y autoridad es frecuente y tendemos a valorar el mensaje según el poder o prestigio del mensajero.
La apertura a la acción del Espíritu que actúa donde y cuando quiere, continúa siendo un desafío.
Debemos ser capaces de escuchar el profetismo informal presente en las más diversas realidades, en las personas menos tenidas en cuenta. ¿O es que estamos convencidos que la verdad sólo puede provenir de quien ostenta el poder?

So 3,1-2.9-13 • Sl 33 • **Mt 21,28-32**

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: "Hijo, ve hoy a trabajar en la viña." Él le contestó: "No quiero." Pero después recapacitó y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: "Voy, señor." Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?» Contestaron: «El primero.»
Jesús les dijo: «Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no recapacitasteis ni le creísteis.»

Jesús encontró mayor disponibilidad en aquellos que eran considerados los parias de la religión oficial. La plataforma de la que éstos partían era la profunda certeza de sus pobrezas.
La llamada encaja en el espíritu del adviento: mientras no asumamos con realismo nuestras debilidades es imposible implorar la salvación y abrirnos a ella con sencillez.
Nos preguntamos si en este tiempo de adviento estamos trabajando suficientemente la conciencia de que realmente necesitamos ser salvados.
Solamente así la Navidad tendrá un calado especial y podremos escapar del torbellino de superficialidades que rodean estas fiestas.

Gn 49,1-2.8-10 • Sl 71 • **Mt 1,1-17**

Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán. Abrahán engendró a Isaac, Isaac a Jacob, Jacob a Judá y a sus hermanos. Judá engendró, de Tamar, a Farés y a Zará, Farés a Esrón, Esrón a Aram, Aram a Aminadab, Aminadab a Naasón, Naasón a Salmón, Salmón engendró, de Rahab, a Booz; Booz engendró, de Rut, a Obed; Obed a Jesé, Jesé engendró a David, el rey.
David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón, Salomón a Roboam, Roboam a Abías, Abías a Asaf, Asaf a Josafat, Josafat a Joram, Joram a Ozías, Ozías a Joatán, Joatán a Acaz, Acaz a Ezequías, Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amós, Amós a Josías; Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, cuando el destierro de Babilonia.
Después del destierro de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel a Zorobabel, Zorobabel a Abiud, Abiud a Eliaquín, Eliaquín a Azor, Azor a Sadoc, Sadoc a Aquim, Aquim a Eliud, Eliud a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob; y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.
Así, las generaciones desde Abrahán a David fueron en total catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta el Mesías, catorce.

Al analizar las biografías de los ancestros de Jesús encontramos personajes marcados por pecados como el homicidio, la idolatría y la prostitución. Desde una lectura espiritual, este contexto familiar se convierte en un grito de esperanza. No hay pasado ni pecado que no pueda ser redimido. Se trata de una actitud fundamental que debe orientar nuestras relaciones interpersonales. Confiar en el otro cualquiera sea su pasado. ¡Qué importancia tiene esta actitud y cuánto mal hace la exclusión!
La genealogía de Jesús nos convoca a la aceptación incondicional del otro, cualquiera sea su pasado y contexto.

Jr 23,5-8 • Sl 71 • **Mt 1,18-24**

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.»
Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el Profeta: «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros".» Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer.

José no permitió que las penumbras de la sospecha se impusieran a la luminosidad de seguir creyendo en aquella persona a quien amaba profundamente.
Esa es la clave para cultivar relaciones interpersonales sanas; no hay otra: el amor incondicional. Sólo el amor sabe acallar las sospechas, sólo el amor es capaz de superar la fuerza de nuestras pobres certezas.
Cuán rápidos solemos asociar nuestra mente y nuestro corazón a la condena, destrozando así la posibilidad de redimir y redimirnos desde el amor gratuito.
José hizo posible la Navidad porque amó sin condiciones.

Jt 13,2-7.24-25a • Sl 70 • **Lc 1,5-25**

En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías. (...) Una vez que oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, según el ritual de los sacerdotes, (...) se le apareció el ángel del Señor (...). Le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Te llenarás de alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento. Pues será grande a los ojos del Señor (...).»
Zacarías replicó al ángel: «¿Cómo estaré seguro de eso? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada.» El ángel le contestó: «Yo soy Gabriel, que sirvo en presencia de Dios; he sido enviado a hablarte para darte esta buena noticia. Pero mira: te quedarás mudo, sin poder hablar, hasta el día en que esto suceda, porque no has dado fe a mis palabras, que se cumplirán en su momento.»
El pueblo estaba aguardando a Zacarías, sorprendido de que tardase tanto en el santuario. Al salir no podía hablarles, y ellos comprendieron que había tenido una visión en el santuario. Él les hablaba por señas, porque seguía mudo. (...) Días después concibió Isabel, su mujer, y estuvo sin salir cinco meses, diciendo: «Así me ha tratado el Señor cuando se ha dignado quitar mi afrenta ante los hombres.»

La llamada es clara: dar vida a pesar de nuestras pobrezas, engendrar vida desde y con nuestras debilidades.
Lo podemos proyectar en lo personal y también en lo institucional. El punto de inflexión que rompe la lógica del cálculo estriba en la fe. De hecho ese ha sido el paso más difícil para Zacarías. No era razonable creer en la promesa de una próxima paternidad, pero en Dios todo era posible.
Muchos "imposibles" se presentan en nuestra vida y ante ellos cabe el derrotismo de la lógica racional o la racionalidad de la fe.

Is 7,10-14 • Sl 23 • **Lc 1,26-38**

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.» Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?» El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.» María contestó: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y la dejó el ángel.

La fe de María es una fe cargada de búsqueda de sentido. No se confunde con un fideísmo opuesto a la razón. Para ella no encajaba eso de ser madre sin estar desposada con José. Por ello pregunta y se inquieta.
La inexplicable maternidad de Isabel le hace pensar que abandonarse a la voluntad del Dios de sus padres no es temeridad sino un grado diferente de certeza: la de la fe. Entonces, su búsqueda encuentra una respuesta cargada de lógica.
La lógica de la fe está estrechamente relacionada con la lógica del amor.

2Sa 7,1-5.8b-12.14a.16 • Sl 88 • Rm 16,25-27 • **Lc 1,26-38**

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.» Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?» El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.» María contestó: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y la dejó el ángel.

Frase:
"Hágase".

Meditación:
Conocemos al detalle el diálogo entre el ángel y María. El desconcierto, las preguntas, la promesa, la prueba de que *"para Dios nada hay imposible"* en la próxima maternidad de su anciana prima y el desenlace sintetizado en aquella expresión que desde entonces identifica toda respuesta de fe: *"Hágase en mí según tu palabra."*
Realizada esta opción fundamental la historia no queda resuelta, ni mucho menos. Comienza entonces el tránsito, el camino, la construcción cotidiana del proyecto asumido.

Oración:
Señor, llegado el momento dije sí a un proyecto que no comprendía del todo, pero me abandoné en tus manos. Hoy lo sigo andando desde caminos insospechados. Nada es previsible cuando de seguirte se trata.

Acción:
Recorro mentalmente mi itinerario vocacional y pido a María que sea mi compañera en este camino de fe.